

Día de plegarias y recuerdos

Kristopher W. Seaman

Recién llegado a Dublín, Irlanda, para proseguir mis estudios, me sugirieron visitar El Museo Nacional de los Leprechauns. Estaba yo tan seguro de que no disfrutaría la visita que nunca consideré la idea. Sólo que, a los pocos meses, se me encomendó hacer una investigación junto con otros doctorandos, incluido uno que trabajaba en dicho museo de duendes, como después me enteré. Al preguntar por el museo, él me dijo que había sido creado para preservar y catalogar los antiquísimos cuentos populares antes de que se perdieran en el olvido.

Meses después, un cuentista del museo dio una conferencia ante la Sociedad Teológica de la universidad sobre cómo los irlandeses celebran y entienden Halloween. Nos decía que ése era el día en el que se consideraba que las almas estaban más cercanas al mundo físico, y en el que realizarían ciertos rituales en los hogares para que las ánimas alcanzaran la paz. En los rituales mismos se podía incluso percibir la cercanía de la muerte. Cuando las noches se van alargando y la luz se abrevia, la cultura vuelve sus ojos a la naturaleza para acordarse de la muerte. Halloween, la solemnidad de Todos los Santos y la conmemoración de Todos los Fieles Difuntos (Día de Muertos) son fechas que han quedado ligadas popularmente, me parece a mí. Gracias a ellas, nos acordamos de aquellos que se han ido antes que nosotros: el bueno, el santo (los santos), y el ciudadano común y ordinario (todos los fieles). Este recuerdo se aviva en la Iglesia, quizá en algunas costumbres familiares (como las de ciertas regiones de Irlanda), y en la naturaleza misma.

De varias maneras, la cercanía entre las fechas tiene mucho sentido. El primero de noviembre recordamos a todos los que se han ido antes que nosotros y que imitaron y participaron de la santidad de Cristo. Ahora, ellos nos recuerdan, oran por nosotros y nos enseñan que la santidad es alcanzable, pues estamos llamados a imitar y participar en la santidad de Cristo. En el Día de los Fieles Difuntos, oramos por todos los cristianos fallecidos. Igualmente, reconocemos la necesidad de pedir a Dios la fortaleza para vivir la santidad de Cristo.

A percibir mejor el sentido de esta fecha nos puede ayudar cualquiera de las opciones para la segunda lectura de hoy (Romanos 5:5–11, o bien Romanos 6:3–9). El pecado nos impide florecer, pues nos impide unirnos a Dios y a los demás. Ambas lecturas hablan de la necesidad de apartarnos del pecado, de volvernos a Dios, quien, en Cristo, nos salvó del pecado, para poder vivir inmersos en la santidad de Dios. Vivimos en la esperanza de que, igual que los santos, podemos vivir en verdadera unidad con Dios y entre nosotros.



En la Conmemoración de Todos los Fieles Difuntos (Día de Muertos), oramos por todos los que se han ido antes que nosotros.

Desde el siglo décimo, cuando comenzó la Conmemoración de Todos los Fieles Difuntos, las plegarias por los muertos son lo preponderante. A diferencia de lo que ocurre en las exequias o una liturgia fúnebre, en la que las plegarias se elevan por una persona particular en tránsito a una renovada vida en Cristo, el Día de Todos los Difuntos contempla a *todos* los que nos han precedido. Por consiguiente, esta fiesta es tanto un recuerdo de nuestra necesidad de orar en favor de, y de ser sanados por el amor misericordioso de Dios, como una fecha para recordar a todos aquellos que han fallecido, y pedir por la salud de cuantos aguardan la plenitud de la unidad con el amor misericordioso de Dios.

Si no podemos equiparar a los duendes o leprechauns con los Fieles Difuntos, sí debemos recordar la importancia de avivar la memoria de las historias significantes, y de la gente que se ha ido antes que nosotros, de los santos y de todas las ánimas. Por ser discípulos de Cristo, nuestro importante legado debe enraizar siempre en la vocación a unirnos en santidad a Dios, como lo ha hecho Cristo Jesús, y los santos que lo han imitado, pues de esa santidad nos viene la fuerza necesaria para imitarlo y participar con él.